

CAPITULO XXII.

¿Por que desprecias ahora
La que te fué tan querida?
Dejarasme con mi padre
De quien era las delicias.

—
Quejarme seria en vano;
Y pues de mí te desvías
Con tan dilatada ausencia,
Ya ni me quieres ni estimas.

El castillo de Cumnor, por W. JULIUS MICKLE.

NUESTRAS elegantes del día deben convenir en que la jóven y hermosa condesa de Leicester tenia, ademas de su hermosura y juventud, dos calidades capaces de colocarla con justo título en el número de las mugeres de distincion. La hemos visto desplegar en su conversacion con el tendero ambulante un grande ahinco en hacer compras inútiles, solo por el gusto de adquirir aquellas vistosas chucherías que dejan de agradar desde que se poseen. Tenia tambien una verdadera inclinacion á pasar cada día un tiempo considerable en adornarse, aunque la rica variedad de sus trages y adornos no podia atraerle sino

los elogios medio satíricos de la escrupulosa Juanita, ó una mirada de aprobacion de aquellos hermosos ojos que veian su resplandor reflejado en el espejo. La condesa Amy podia encontrar una excusa de la frivolidad de sus gustos; la educacion que se daba á las señoritas en aquel tiempo no habia podido hacer gran cosa en un ánimo ligero naturalmente y enemigo del estudio. Si no hubiera gustado de adornarse, habria podido hacer tapices ó bordados, y guarnecer con las obras de sus manos las paredes y los muebles del castillo de Lidcote, ó distraerse de estos trabajos preparando un puding enorme para cuando volviere de la caza sir Hugo Robsart; pero Amy no tenia naturalmente ingenio ni para bordar, ni para coser, ni para el estudio de ninguna clase. Era muy niña aun cuando perdió su madre; su padre no la contradecia en nada jamas; y Tresilian, que era el único que hubiera podido cultivar su ánimo, habia perdido no poco en la opinion por haber aceptado con demasiado anhelo el empleo de su preceptor: asi es que esta señorita cuya vivacidad é indolencia jamas halláron oposicion, le miraba con algun temor y con mucho respeto; pero no sintió jamas por él aquel afecto mas dulce y tierno que hubiera querido él inspirarla. En semejante situacion el cora-

zon de Amy estaba muy espuesto, y Leicester cautivó fácilmente su imaginacion con su noble exterior, sus modales graciosos y sus lisonjas, aun ántes de que ella le conociese como el favorito de la riqueza y del poder.

Las frecuentes visitas de Leicester á Cumnor, en los primeros tiempos de su union, habian hecho soportables á la condesa la soledad y el retiro á que se hallaba condenada. Pero cuando las visitas fuéron haciendose muy raras, y solo recibia cartas llenas de excusas, que no siempre eran la espresion de un afecto tierno, y lacónicas por lo regular, el descontento y las sospechas empezáron á introducirse en aquellas habitaciones espléndidas que el amor habia preparado á la hermosura. Las respuestas que ella dirigia á Leicester dejaban ver demasiado sus sentimientos; le estrechaba con mas franqueza que prudencia para que la librase al fin de aquel oscuro retiro, haciendo público su casamiento; y disponiendo sus argumentos y razones lo mejor que ella podia, se fiaba principalmente en las súplicas con que las apoyaba. Y algunas veces tambien se aventuraba en mezclar quejas de las que Leicester creia poder enfadarse con razon.

— La he hecho condesa, decia á Varney: me parece que podria bien aguardar, para tomar

el título y las armas, á que este paso estuviere de acuerdo con mi voluntad y conveniencia.

La condesa Amy veia las cosas bajo un punto de vista muy diferente.

— ¿ De que me sirve, decia, tener en realidad el rango y los honores, si debo vivir aquí presa, sin sociedad alguna, y tolerando que las malas lenguas ataquen cada dia mi reputacion? De poco me sirven esas perlas que entrelazas en mis trenzas, Juanita. En el castillo de Lidcote bastaba que me pusiese en la cabeza una rosa fresca, para que mi padre me llamase y la contemplase de mas cerca, se sonriese el señor cura, y hablase Mumblazen del blason. Ahora que estoy adornada de oro y de piedras preciosas como una reliquia, nadie me vé mas que tú, Juanita. Tambien estaba allí el pobre Tresilian....; pero es inútil ya tomarle en boca tan solamente.

— En efecto, señora, es inútil, respondió su prudente compañera, y por cierto que algunas veces desearia no oír á vm. hablar de eso con tanta frecuencia y con tan poco seso: perdoneme vm. que se lo diga.

— Tus amonestaciones no vienen al caso, Juanita; he nacido libre, aunque estoy ahora aherrojada como una esclava estrangera, y no como la esposa de un señor inglés. He soportado todo con alegría y con gusto cuando

estaba segura del amor de mi marido ; pero ahora , aunque tengan mi cuerpo en la esclavitud , mi corazon y mi lengua serán libres. Lo repetiré , Juanita : amo á mi esposo , le amaré miétras me dure la vida , ni pudiera dejar de amarle aunque quisiera , y si él dejase de amarme.... Sabe Dios si podré sopor- tar semejante desdicha. Pero es preciso que yo lo diga , habria sido mas feliz si hubiese permanecido con mi padre en Lidcote , aun cuando hubiera dado mi mano al pobre Tre- silian , el de los ojos tristes , que tenia en su cabeza tantos conocimientos de los que no hacia yo el menor caso. Decíame que si queria leer sus libros predilectos y escogidos , lle- garia el tiempo en que me alegraria de haber seguido sus consejos.... Este tiempo ha lle- gado ya.

— Señora , dijo Juanita , he comprado á vm. algunos libros que vendia un cojo en la plaza del mercado : el tal cojo me ha echado unas miradas.... bien atrevidas , yo se lo ase- guro á vm.

— Veamos esos libros , Juanita , dijo la condesa ; pero no los quiero si son vuestros libros puritanos.... ¿ Que son estos , mi devota criada? *un par de despabiladeras para un can- delero de oro ; un puñado de mirra y de hisopo para purgar una alma enferma ; un vaso de*

agua del valle de Baca ; los raposos y las an- torchas. ¿ Como llamas tú este batiburrillo , hija mia?

— ¡ Ah ! señora , dijo Juanita , era mi deber poner desde luego la gracia delante de vm. ; pero si vm. la desecha , aquí hay comedias , y libros , segun pienso , de poesía.

La condesa empezó con indolencia á exa- minarlos , abriendo muchos libros raros que serian capaces de enriquecer en el dia á veinte mercaderes de libros viejos : habia entre ellos un *libro de cocina , impreso por Ricardo Lant ; el pasatiempo del pueblo ; el castillo de la ciencia*, etc. ; pero tampoco este género de li- teratura era del gusto de Amy , cuando de repente se oyó en el patio ruido de caballos ; la condesa se levantó alborozada , dejó su fas- tidiosa ocupacion de hojear libros viejos , y dejandolos caer por tierra , corrió á la ventana gritando : — ¡ Es Leicester ! ¡ es mi noble conde ! ¡ es mi querido Dudley ! cada paso que da su caballo resuena como el sonido mas armonioso.

Saliéron todos á ver lo que era , y Foster entró á ver á la condesa con su mal gesto , diciendola que el señor Ricardo Varney lle- gaba con órdenes de monseñor , despues de haber corrido toda la noche , y queria hablar al punto á milady.

— ¿Varney? ¿y quiere hablarme? Pero viene con noticias de Leicester, y así que entre al momento.

Varney entró en el cuarto en donde estaba Amy sentada y adornada con todas sus gracias naturales, y con todo lo que habia podido añadir el esmero de Juanita, con un traje rico y elegante. Pero su principal adorno era su hermoso cabello, que rodeaba con graciosos rizos un cuello blanco como el de un cisne, y un seno agitado con la sorpresa que habia encendido todas sus facciones.

Presentóse á ella Varney con el propio vestido que tenia acompañando á su amo á la corte en aquel mismo día, y cuyo esplendor formaba un extraño contraste con el desorden ocasionado por un viage repentino en una noche oscura y con malos caminos. Estaban estampadas en su frente la inquietud y dificultad que tiene un hombre que se halla encargado de anunciar cosas que cree serán mal acogidas, y á quien la necesidad de comunicarlas ha obligado á hacer toda diligencia. La condesa se sobresaltó al punto, y le dijo:

— ¿Me trae vm. noticias de milord, Varney? ¿Que hay pues?... ¡Dios mio! ¿está acaso enfermo?

— No, señora, gracias á Dios, dijo Var-

ney; tranquilícese vm., permitiendome respirar ántes de comunicarle mi mensaje.

— No haya dilaciones, señor, replicó la condesa, no hay que andar en rodeos; ya que ha podido vm. respirar hasta llegar aquí, bien podrá contarme desde luego lo que tiene que decirme, al menos por encima y con brevedad.

— Señora, respondió Varney, no estamos solos, y el mensaje de monseñor es para vm. sola.

— Dejanos, Juanita, y vm. tambien, señor Foster, dijo la condesa, y quedad en ese cuarto inmediato.

Foster y su hija se retiraron, segun las órdenes de lady Leicester, al cuarto mas cercano, que era un vestibulo. Entónces cerraron la puerta del cuarto con llave y con cerrojo, y el padre y la hija quedaron, el primero con una atencion feroz y recelosa, y Juanita con las manos juntas y deseando conocer la suerte de su ama, dirigia súplicas al cielo por su seguridad. Como si hubiera tenido Tony Foster alguna idea de lo que se pasaba en el ánimo de su hija, atravesó el cuarto, y le dijo cogiendole la mano:

— Tienes razon: reza, Juanita, reza; todos tenemos necesidad de oraciones, y algunos de entre nosotros mas que los demas; tam-

bien yo rezaria , pero quiero escuchar lo que se pasa ahí dentro : alguna desgracia se prepara , hija mia ; alguna desgracia va á llegar. Dios nos perdone nuestros pecados ; la llegada repentina de Varney no anuncia nada de bueno.

Esta era la vez primera que escitaba á Juanita su padre á prestar atencion á lo que se pasaba en aquella morada del misterio. Resonaba su voz en su oido como la de la funesta corneja que anuncia el luto y las desgracias. Volvió temerosa sus ojos ácia la puerta , como si aguardase oír sonidos de horror ó algun espectáculo espantoso.

Sin embargo estaba todo enteramente tranquilo , y los que conversaban en el cuarto próximo hablaban tan bajo que no podian ser oidas sus palabras. Oyóseles de repente despues hablar con precipitacion , y luego la condesa gritó con el acento de la indignacion mas violenta : — ¡Ábra vm. la puerta , señor , yo se lo ordeno ! ¡abra vm. la puerta ! ¡no hay que replicarme ! continuó , cubriendo con sus gritos la voz apagada de Varney que se oia de cuando en cuando. ¡ Como ! salga vm. al momento : ¡ Juanita , pide socorro ! Foster , rompa vm. la puerta. Estoy encerrada aquí por un traidor infame. Con alguna hacha ,

con alguna palanca , señor Foster : yo respondo de todo.

— Nada de eso será necesario , señora , dijo al fin Varney , de modo que pudiesen todos oírle. Si quiere vm. manifestar los secretos importantes de monseñor y los suyos delante de todo el mundo , yo no lo impediré en manera alguna.

En esto se abrió la puerta , y Juanita y su padre entraron con precipitacion en el cuarto deseando saber la causa de tan reiteradas exclamaciones.

Cuando ellos entraron , estaba Varney en pié junto á la puerta , rechinando los dientes , y manifestando en su semblante al mismo tiempo la rabia , la vergüenza y el temor. La condesa estaba en medio del cuarto , como una jóven pitonisa entusiasmada con el fuego profético. Las venas azules de su hermosa frente se habian hinchado con la violencia que habia empleado en gritar. Su garganta y sus mejillas estaban encarnadas como escarlata ; sus ojos resplandecian como los de una águila encerrada que no puede herir á sus enemigos con sus garras. A ser posible que una de las gracias fuese agitada por una furia , no podria reunir mas atractivos con tanto odio , desprecio , orgullo y cólera. Los gestos de Amy y su postura correspondian con su

voz y sus miradas, y presentaban un aspecto terrible y que no carecia de hermosura, porque la energía de la pasion habia añadido sublimidad á las gracias naturales de la condesa Amy. Luego que estuvo abierta la puerta, corrió Juanita ácia su ama, y Foster con mas lentitud que su hija, pero mas pronto sin embargo que de ordinario, se acercó á Ricardo Varney.

— Digame vm. por Dios, ¿ que ha sucedido, señora? dijo Juanita.

— Hombre de Satanás, ¿ que ha hecho *m.? dijo Foster á su amigo.

— ¿ Quien, yo? nada, respondió Varney con la cabeza baja y de muy mal humor. He debido comunicar á madama las órdenes de su esposo, y si no quiere conformarse con ellas, sabe mejor que yo que es lo que debe responder.

— Juanita, pongo al cielo por testigo, dijo la condesa, de que miente en cuanto ha dicho el traidor; miente y remiente, pues lo que dice ultraja el honor de mi noble esposo; miente mil veces, pues habla solo por lograr un objeto imposible, execrable.

— Ha comprendido vm. mal, señora, dijo Varney con cierta sumision; dejemos esta conversacion, hasta que se haya pasado ese

enojo. Entónces satisfaré á vm. sobre todos los puntos.

— Jamas tendrás ocasion de hacerlo, dijo ella á Varney: mirale, Juanita, está bien vestido, tiene la facha de un caballero, y ha venido aquí sin embargo con una comision infame. Quiere persuadirme que es la voluntad de mi señor, ó mas bien la órden de mi legítimo esposo, que yo parta con él para Kenilworth, y que allí delante de la reina y los nobles, en presencia de mi esposo, le reconozcayo á él, á él que está aqui, á este hombre que escobilla los vestidos y limpia las botas, á él digo, el lacayo de monseñor, que yo le reconozca por mi señor y mi marido. ¡ Santo Dios! ¡ daré yo pues las armas que servirán contra mí cuando quiera reclamar mis derechos y mi rango! ¡ renunciaré á mi reputacion de muger honrada! ¡ renunciaré á colocarme entre las respetables damas de la nobleza inglesa!

— Vm. la oye, Foster, y vm., muchacha, oigala, dijo Varney aprovechandose de un corto silencio. Vms. la escuchan en su cólera, solo me echa en cara el plan de conducta que mi buen señor sugiere en su carta que ella tiene ahora en la mano, hallandose en la necesidad de guardar cierto secreto.

Foster procuró en esto intervenir con un

aire de autoridad que creia convenia al puesto que le habian confiado.

— Sí, señora, debo confesar que es vm. demasiado pronta en esta circunstancia. Un engaño semejante no es enteramente condenable, cuando se hace con un objeto piadoso. De este modo fingió el patriarca Abrahan que Sara era su hermana cuando fuéron á Egipto.

— Sí, señor, dijo la condesa; pero Dios reprobó esta impostura aun en el padre de su pueblo por la boca del pagano Faraon. Avergüencese vm. de no leer las Escrituras sino para citar las cosas que estan allí propuestas, no como ejemplos sino como avisos (1).

— Pero Sara no se opuso á la voluntad de su esposo, disimule vm., dijo Foster; hizo lo que Abrahan ordenó, tomando el nombre de su hermana por el interes de su esposo, y á fin de que su alma pudiese vivir á causa de su hermosura.

(1) Aquí estrañarán muchos piadosos lectores que una linda condesita maneje las santas Escrituras, lo que en España está reservado *solis presbiteris*, porque está prohibida la Biblia en castellano. En los países protestantes, todas las personas de ámbos sexos leen en lengua vulgar la Biblia, la estudian, y la llevan al templo para rezar en ella; ¿pero adonde irán á parar al fin? á la caldera de Pedro Botero, sin remedio.

(El Traductor español.)

— Ahora, que el cielo me perdone mi despecho inútil, dijo la condesa, eres un hipócrita atrevido, como ese otro es un embustero impudente. Jamas podré yo creer que el noble Dudley ha dado su aprobacion á un designio tan deshonoroso. Asi es como pisoteo yo su infame.... Si la ha podido escribir, destruiré asi para siempre su memoria.

Al decir esto, rompió la carta de Leicester, y la pisó en el exceso de su impaciencia, como queriendo aniquilar todos sus pedazos.

— Sean vms. testigos, dijo Varney recordando su serenidad, sean vms. testigos de que ha despedazado la carta de monseñor, para imputarme el proyecto que él mismo ha imaginado. Quisiera que yo solo fuese el culpable, siendo asi que ningun interes personal tengo en este asunto.

— ¡Mientes, detestable pícaro, embustero! dijo la condesa, á pesar de los esfuerzos que hacia Juanita para hacerla guardar silencio, creyendo con razon que su violencia serviria solo á dar armas contra sí misma. Mientes, continuó; dejame, Juanita. Aunque estuviese espirando, diria que miente ese bribon. Ha querido llegar á su objeto abominable, y aun lo hubiera hecho mas á las claras, si me hubiese permitido mi enojo guardar el silencio

que al principio le habia animado á descubrir sus viles proyectos.

— Señora, dijo Varney confundido á despecho de su desfachatez é impudencia, suplico á vm. crea que se halla equivocada.

— ¡ Primero creeria que es ahora de noche! ¿ Me he olvidado yo de lo que ha sucedido? ¿ No me acuerdo de cosas que, á ser conocidas por Leicester, te hubiesen valido el patíbulo en lugar de su intimidación? ¿ Si fuera hombre durante cinco minutos! me bastaria ese tiempo para arrancar de un cobarde como tú la confesion de su perfidia. ¡ Pero vete! ¡ sal al punto de aquí! y dirás á tu amo que, cuando siga el vergonzoso camino en que me conduciria precisamente la impostura que me aconsejas en su nombre, le daré un rival algo mas digno de ese título. No será reemplazado por un lacayo ignominioso, cuya mayor dicha es atrapar los vestidos de su amo ántes que esten muy raidos, y que solo es bueno para seducir á alguna mozueta con el brillo de un lazo añadido á los zapatos viejos desechados por el amo. ¡ Vete, vete! ¡ sal pronto de aquí! te desprecio tanto, que me avergüenzo de enojarme contra un sugeto tan miserable y vil.

Varney salió del cuarto manifestando una rabia que no pudo reprimir. Siguióle Foster

que, aunque no se asustaba tan fácilmente, estaba por decirlo así aturrullado al ver el torrente de indignacion que salia impetuosa de los labios de una señora que se habia manifestado hasta entónces bastante dulce, y demasiado indolente para encolerizarse de semejante modo.

Persiguió Foster á Varney de cuarto en cuarto, haciendole preguntas á las que el otro no respondió hasta que llegaron á la antigua biblioteca que conoce ya nuestro benévolo lector. Allí se volvió Varney ácia el viejo puritano, y respondió al fin con cierta serenidad, pues habian bastado algunos instantes á un hombre habituado á reprimir sus ímpetus y emociones, para calmarse y volver en sí.

— Tony, le dijo con su acostumbrada ironía, no puedo negarlo, la muger y el diablo que, como podrá confirmartelo tu oráculo Holdforth, engañaron al hombre en el principio del mundo, han triunfado hoy de mi discrecion. Aquella bonita furia estaba tan hermosa, tan hechicera y tentadora, ha tenido tal destreza en contenerse miétras le comunicaba el mensaje de monseñor, que, vamos claros, he creído poder echar mi cuarto á espadas, y decirle mi atrevido pensamiento sin rodeos ni disfraces. Piensa ella sin